

**HISTORIA
CONTEMPORÁNEA
DE MEDIO ORIENTE**

LEYLA DAKHLI

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE MEDIO ORIENTE

Detrás de los mitos

Traducción de Víctor Goldstein

ci Capital intelectual

Dakhli, Leyla

Historia contemporánea de Medio Oriente. Detrás de los mitos / Leyla Dakhli.

-1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Capital Intelectual, 2016.

192 p.; 20 x 14 cm. - (Claves del siglo XXI; 22)

Traducción de: Víctor Goldstein.

ISBN 978-987-614-517-6

I. Política Internacional. I. Goldstein, Víctor, trad. II. Título.

CDD 327.1

Edición de imagen: Jazmín Tesone

Diseño de colección y tapa: Raquel Cané

Diagramación: Daniela Coduto

Traducción: Víctor Goldstein

Coordinación: Inés Barba

© Imagen de tapa: Gohar Dashti

Título original: *Histoire du Proche-Orient contemporain*

© 2015 Éditions La Découverte, 9 bis, rue Abel-Hovelacque 75013, París.

© Leyla Dakhli, 2016

© Capital Intelectual, 2016

1ª edición • Impreso en Argentina

Capital Intelectual S.A.

Paraguay 1535 (1061) • Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (+54 11) 4872-1300 • Telefax: (+54 11) 4872-1329

www.editorialcapin.com.ar • info@capin.com.ar

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar

Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723. Impreso en Argentina.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

Índice

Introducción	9
I. El fin del Imperio (1908-1916)	13
II. Revueltas y dominio colonial (1916-1936)	27
III. La edad de oro del nacionalismo árabe (1936-1967)	53
IV. Los años de plomo (1967-1991)	89
V. El retorno del pueblo (desde 1991 hasta hoy)	119
Conclusión	145
Glosario	147
Referencias cronológicas	155
Referencias bibliográficas	163
Índice de contenido	185

Introducción

*¡Anota! Soy árabe
Sin apellido; soy mi nombre
“Infinitamente paciente” en un país donde todos
Viven sobre las brasas de la Ira
Mis raíces...
Fijaron residencia antes del nacimiento del tiempo
Antes del desborde de la duración
Antes del ciprés y el olivo
...Antes de la eclosión de la hierba.
Mi padre... es de una familia de labradores
Nada tiene que ver con los señores notables
Mi abuelo era campesino – ser
Sin valor – ni ascendencia.
Mi casa, una choza de guardián
Hecha de troncos y cañas
Eso es lo que soy. ¿Te gusta?
Sin apellido, no soy más que mi nombre.*

Mahmud Darwich [1989]

Cambiar la mirada. Contemplar de una nueva manera ese Oriente mediterráneo, mundo intermedio entre Europa y Asia: esto debería ser evidente, después de los acontecimientos de los últimos años. Hemos visto gente que invertía el equilibrio supuestamente inmutable de las dictaduras, hemos visto a mujeres y hombres, la mayoría de las veces gente joven, invadiendo las calles y coreando eslóganes creativos y poderosos. Hemos visto obreros, obreras, estudiantes, campesinos gritando de alegría o de dolor, hemos visto intelectuales a quienes quebraban las manos o las piernas,

abogados asesinados... Hemos visto sociedades en movimiento. Sin embargo, nos habíamos acostumbrado a no ver ya esas sociedades y a hablar de la calle árabe, muchedumbre indistinta asaltada regularmente de sacudidas, a menudo reaccionaria, con más frecuencia todavía amenazadora.

Este libro intenta responder a esa paradoja haciendo la síntesis de los conocimientos sobre la historia social de la región. Propone una mirada sobre el siglo xx del Cercano Oriente a través de las luchas sociales y las movilizaciones populares. Intenta dar claves de comprensión políticas, sociales y culturales a los acontecimientos más conocidos que jalonaron el siglo (guerras, colonizaciones, desgarramientos) al tiempo que hace la luz sobre aspectos a menudo menos visibles para los no especialistas.

Una de las explicaciones del desconocimiento general de las sociedades árabes del Medio Oriente radica en el hecho de que el conjunto geográfico considerado es más fácilmente encarado por cuestiones geopolíticas que en un abordaje “por abajo”. Porque la sociedad revela con más facilidad las distorsiones que los abordajes más globales y que tienen un punto de vista más general como son la geopolítica o la historia de las ideas, por ejemplo, ambas sobrerrepresentadas en el terreno árabe y oriental. Y veremos aquí que en ocasiones fue difícil dar cuenta de manera sintética de la historia social del siglo xx en la región haciendo lugar a los matices y las particularidades locales o temáticas. Durante este período, las sociedades fueron sofocadas bajo el ruido de las guerras y los conflictos de las potencias (con un lugar primordial para los conflictos árabe-israelíes o palestino-israelíes), en la emergencia de ideologías más o menos específicas (en particular el islam político, convertido desde los años noventa en el ángulo de lectura principal en el discurso común). La herencia poscolonial, por su parte, construyó un abordaje de las sociedades orientales en términos confesionales, comunitarios, hasta étnicos. Esta calificación tiende a reducir a las sociedades a una “complejidad”

incesantemente invocada para negarles su parte de invención, de tensiones fundadas en las desigualdades económicas y sociales, en suma, de modernidad. Por último, si las sociedades no eran percibidas, es también porque los regímenes establecidos no deseaban que lo fueran, salvo en una forma de conformidad con sus deseos (en particular como una fuerza conservadora e incontrolable, salvo por la fuerza).

Es menester recalcar que esta obra, con sus carencias y sus límites, cuya total responsabilidad asume la autora, fue escrita gracias a recientes investigaciones que se interrogan y documentan numerosos aspectos de la historia social de la región.

En un primer tiempo, tratar de dar algunos jalones para una historia social de la región es cuestionar la noción misma del Cercano o el Medio Oriente. El espacio del que se tratará principalmente aquí comprende los siguientes Estados actuales: Líbano, Siria, Israel, territorios palestinos ocupados, Jordania, Irak. No obstante, haremos algunas incursiones fuera de estas fronteras sobre cuya construcción han corrido ríos de tinta y que están marcados tanto por la caída del Imperio otomano como por la resolución de la Primera Guerra Mundial. De a pequeños toques, intentaremos mostrar los lazos que unen ese espacio con el espacio turco-otomano, pero también con el muy cercano Egipto y, cada vez más, con los Estados del Golfo y de la península arábiga. La historia que tratamos de escribir aquí es también la de un cambio de contornos, de polaridades, de descentramiento en el seno del conjunto que convenimos en llamar Medio Oriente. A cada instante será preciso preguntarse de qué espacio se trata, cuáles son sus fronteras, cómo se mueven, concretamente por el juego de los recortes administrativos y de los armisticios, pero también por los lazos que se establecen o se deshacen entre territorios en función de las épocas encaradas y de las cuestiones consideradas. A comienzos del siglo, estos territorios son una parte del Imperio otomano y, en cuanto a lo esencial, constituyen sus provincias árabes. Las provincias árabes

occidentales pasaron bajo otros cortes: del Magreb (colonización de Argelia a partir de 1830 y de Túnez en 1881) a Egipto (a partir de 1882), la pérdida concluye en el siglo xx con la guerra de Libia de 1911. En Arabia, los Saud conquistan primero su independencia entre 1915 y 1932, apoyándose a la vez en una alianza con Gran Bretaña y sobre una base político-religiosa wahabita rígida. La Arabia Saudita así fundada reúne el corazón de la península arábiga y toma impulso como potencia regional, ejerciendo su control sobre los principales lugares santos del islam.

Hemos escogido aquí recorrer el siglo xx, que creó el Medio Oriente en cuanto entidad geopolítica, desde otro punto de vista. No nos demoraremos en los conflictos que puntuaron la historia de la región a lo largo de todo el siglo, no evocaremos el Gran Juego siempre en marcha, el de los intereses de las potencias y de los ballets diplomáticos que conducen a resoluciones provisionales de la cuestión palestina o del trazado de las fronteras. Estas historias no son aquí nuestro propósito y pueden ser leídas en otras partes [Laurens, 1991; Cloarec y Laurens, 2003; Corm, 1983].¹ Intentaremos restituir una cronología de los cambios que se operan en las sociedades escribiendo una historia sustentada por las luchas y los movimientos sociales. Esta historia debuta aquí con una revolución y concluye, en puntos suspensivos, con las luchas en curso desde los años 2000.

1 Las referencias entre corchetes remiten a la bibliografía al final de la obra. [N. del T.]

El fin del Imperio (1908-1916)

La sociedad de las provincias árabes del Imperio otomano: desigualdades y coexistencias

En el norte de las provincias, el *Bilad al-Sham** es un país pobre. Las montañas medianas, las del Antilíbano, de la Galilea o de Chouf, son lugares de implantación antiguos por comunidades que trabajan tierras fértiles, pero cuyas terrazas son de difícil acceso. El resto del territorio al este es relativamente desértico y el valle del Éufrates es todavía explotado de manera mínima. Sólo la franja mediterránea, estrecha, es fácil de cultivar.

Las comunidades cristianas, musulmanas, drusas y judías coexisten en el seno del Imperio bajo el régimen de los millets*, pero esta coexistencia fue malograda por las transformaciones del Imperio y por las tensiones confesionales aparecidas a partir de los años 1860.

La jerarquía social sigue estableciéndose alrededor de grandes familias cuyo asentamiento social es ante todo territorial. Estas notabilidades están instaladas en las ciudades y encuentran su lugar

* Los términos seguidos por un asterisco –en su primera aparición– son definidos en el glosario que se encuentra al final de la obra. [N. del T.]

en la administración civil y militar, así como en las instancias municipales. Fundan su poder en su presencia en esos diversos escalones y en el mantenimiento de una red clientelista y de confianza en los barrios [Khoury, 1983]. Este sistema de notabilidades coexiste con nuevas formas de ascenso social ligadas a las reformas otomanas.

Así, el auge de la edición y de la prensa permite la aparición de una nueva clase, la de los intelectuales, que va a la par con el bosquejo de un espacio público. La prensa egipcia, situada fuera del Imperio, pero a la escucha de los debates que la agitan, se convierte en una verdadera plataforma, particularmente por lo que respecta a las provincias árabes. En la región, grandes universidades acogen a estudiantes de diferentes partes del Imperio. Vemos florecer fábricas y empresas, obradores de tranvías, de vías férreas, de acondicionamientos portuarios donde confluyen los obreros europeos, portadores de ideas nuevas, de una tradición de luchas obreras entonces todavía desconocida en Oriente [Khuri-Makdisi, 2010], así como de una manera de vivir en la ciudad que se podría calificar de cosmopolitismo ecléctico. Por último, las academias militares son una vía de ascenso social que sirve de lugar de intercambios y de socialización para diversas partes del Imperio.

La modernización del Imperio transforma en profundidad las relaciones entre los antiguos millets otomanos. Ciertas comunidades confesionales desempeñan un nuevo papel al involucrarse en actividades comerciales (los cristianos de Monte Líbano abandonan masivamente sus pueblos para instalarse en el puerto de Beirut o emigrar), y algunos individuos aprovechan la oportunidad de las reformas para liberarse de las reglas comunitarias. En adelante, todos pueden ser considerados como sujetos, iguales ante la ley [Campos, 2011]. Esta emancipación individual es particularmente enunciada en el seno del grupo de los Jóvenes Otomanos, a su vez surgidos de diferentes comunidades: turca, árabe, griega, armenia, judía, etcétera.

La sociedad sedentaria árabe otomana, en su vasta mayoría, es campesina y está instalada sobre todo en las montañas. Su dependencia es cada vez mayor frente al mercado europeo que viene a buscar sederías para alimentar su desarrollo industrial [Chevallier, 1971], al igual que algunos productos como frutos frescos y secos. Así se explican, por ejemplo, los antiguos lazos entre Monte Líbano, tierra de cultivo de zarzamoras, y la región de la seda lyonesa. La tierra es escasa y disputada. En Palestina, los primeros colonos judíos adquieren tierras y modernizan la agricultura, bajo la mirada admirativa –pero un poco inquieta– de los árabes musulmanes y cristianos [Khalidi, 1988]. La cuestión de la tierra es en todas partes central, y acarrea la partida de algunos hacia tierras en ocasiones lejanas o hacia las ciudades. A lo largo de siglo XIX se constituye una clase de comerciantes, que se articula sobre el régimen de las Capitulaciones y los privilegios que concede a las comunidades bajo protección europea, y se apoya en la diáspora (norteamericana, africana, europea). Las fronteras de pertenencia se redibujan según uno siga la circulación del algodón, de los ferrocarriles, de los libros o de los trabajadores. Algunas comunidades ocupan su lugar: turcos en América latina, shawam en Egipto, maronitas en París... Esta expansión también permite el desarrollo de una sociedad más urbana, alimentada del éxodo rural, y el crecimiento de nuevos polos urbanos portuarios como Beirut o Haifa en el recodo del siglo [Levine, 2005; Hanssen, 2005].

En la revolución imperial de 1908, la cuestión del pueblo no está presente. Las sociedades del Cercano Oriente están entonces en mutación: siguen siendo mayoritariamente rurales, pero los polos urbanos (sobre todo portuarios) se desarrollan desde hace medio siglo gracias al aumento de los intercambios y las exportaciones de productos agrícolas. Es en este contexto que ciertas iniciativas para ir hacia una interpretación más amplia de la libertad son sostenidas por grupos sociales emergentes: en primer lugar los hombres de letras, periodistas y escritores, luego las mujeres, a

través de diversas tomas de palabra, en particular los diarios femeninos [Dakhli, 2009a]. Los movimientos obreros, de inspiración socialista y anarquista, sin embargo presentes en ciertas metrópolis del Imperio como Beirut, Salónica o Alejandría [Khuri-Makdisi, 2010], están en su mayoría poco involucrados por esta revolución palaciega. En su conjunto, los iluminados conciben el mundo en una relación binaria entre aquellos que saben y aquellos que deben aprender [Gelvin, 1997] y, si encaran la cuestión del pueblo, lo hacen de manera bastante paternalista.

¿Hacer la revolución con el Imperio?

En julio de 1908, luego de la rebelión de los oficiales de Salónica, se proclama en todas partes en el Imperio otomano: “libertad, igualdad, fraternidad, justicia”; los símbolos revolucionarios, tomados de la Revolución francesa, se ostentan en las paredes, las estampillas, las tarjetas postales. El Imperio se ha convertido en una patria de la Ilustración en la era de la libertad. La revolución ruge a partir de Salónica, fue pensada en Estambul, París o Ginebra. Las amenazas ejercidas sobre la institución imperial dejaron planear un tiempo la sombra del regicidio pero, en esta revolución, el sultán es finalmente aclamado como el restaurador de las libertades: desencadenada por el ejército de los Balcanes, esta revolución se prolonga por la obra del mismo sultán que restablece la Constitución de 1876 que él había suspendido, transformando desde entonces el Imperio en régimen monárquico constitucional [Georgeon, 2003].

Desde la segunda mitad del siglo XIX, el Imperio otomano es asediado, amenazado de intervención por las potencias europeas: la crisis oriental de 1875-1878 y luego el tratado de Berlín prueban que su destino está suspendido de un frágil equilibrio de fuerzas. La ocupación de Túnez en 1881 y la de Egipto en 1882 reducen su espacio de influencia. Apoyándose en numerosos movimientos modernizadores –entre los cuales el de los Jóvenes

otomanos conducido por Midhat Pacha–, el sultán lanza una ola de reformas, los *Tanzimat**, y promulga una Constitución en 1876, suspendida dos años más tarde y hasta 1908. Estas reformas atañen a cuantiosos aspectos de la vida del Imperio, de la ortodoxia sunita (amenazada por movimientos como el wahabismo implantado en la Arabia sublevada) a la educación (creación de una red de escuelas y universidades modernas) y al desarrollo económico (puerto de Beirut, trabajos). Estas transformaciones administrativas y económicas del Imperio traen aparejadas fuertes migraciones: comerciantes (sobre todo libaneses) que parten a establecerse más allá de los mares, estudiantes que se instalan en París o Londres para perfeccionar su formación, etc. Al mismo tiempo, la alfabetización progresa en el Imperio desde que una red de escuelas y de universidades viene a completar el trabajo de las escuelas misioneras y el papel de los preceptores religiosos, curas o shejjs de pueblo. En el período llamado hamidiano (reino de Abdul Hamid II, 1876-1909), el Estado otomano creó 10 000 escuelas públicas. Esta política apunta por cierto a armonizar la situación entre las diferentes provincias para crear una cultura común otomana y distribuir los medios favoreciendo a las regiones más pobres y menos dotadas en escuelas privadas [Fortna, 2002; Somel, 2001].

La rebelión que se desencadena en los Balcanes en 1908 y desemboca en la restauración de la Constitución el 24 de julio es la continuación de una agitación intelectual y política multiforme que caracteriza al Imperio otomano desde hace por lo menos tres decenios. Los hombres de 1908 son turcos, armenios, árabes, kurdos, cristianos, musulmanes o judíos. La mayoría de las veces fueron educados en varias lenguas, y atraviesan territorios y continentes. Desde hace algunos decenios escriben en otomano, en árabe o en otras lenguas en diarios y difunden su pensamiento tanto en Salónica como en París, Ginebra, El Cairo, Nueva York o Beirut.

Los intelectuales se ponen al servicio del acontecimiento y desempeñan un papel para el cual saben que están preparados. Mucho más, se consideran como los artesanos de una revolución que sin embargo ha ocurrido en su mayor extensión sin ellos. Son los hombres libres (*ahrar*), y su hora ha llegado. En el verano de 1908 y en las semanas que siguen los diarios se convierten ante todo en los depositarios de lo que se desarrolla en Estambul, en Beirut, en Damasco y en otras partes del Imperio. El endurecimiento autoritario de esta revolución, sin embargo, rápidamente se hace presente, poniendo fin al entusiasmo y a los sueños de libertad.

La lucha llevada a cabo por los Jóvenes Turcos por un gobierno constitucional, que implicaba la igualdad y la libertad para todos sus miembros en un momento de crisis y de numerosos conflictos, conduce a una contradicción de los diferentes componentes del mismo Imperio. El Comité Unión y Progreso, sociedad política primero clandestina surgida del movimiento de los Jóvenes Turcos, florece con la revolución de 1908; una bocanada de aire fresco penetra hasta las regiones más alejadas del Imperio. Pero la revolución llevada a cabo por los militares muy pronto es puesta bajo el signo del mantenimiento del orden [Levy-Aksu, 2012].

Todo el universo de los intercambios privados, antes confinados a las casas y los clubes, encuentra en el verano de 1908 su lugar en la calle. Es un tiempo de festividades donde oradores más o menos célebres vienen a hablar de su 1908. Un espacio público emerge en una explosión efímera. Desde el inicio pueden oírse reivindicaciones específicas a las provincias árabes, que remiten a la lengua, a la representación, a la descentralización. Son todas reivindicaciones que permanecen en el marco del Imperio y no cuestionan la lealtad otomana.

Las sociedades culturales, como la Sociedad del Renacimiento árabe creada en Estambul en 1906, operan en la recolección de

textos, trabajan en la lengua árabe y constituyen bibliotecas. Son el fermento de un espacio nacional árabe en el seno del Imperio. Allí se pueden tomar cursos, asistir a representaciones teatrales o escuchar conferencias.

Se asiste a reuniones y a iniciativas del mismo tipo en todas las ciudades de la región, Beirut, Jaffa, Jerusalén [Campos, 2011; Lemire, 2013] o incluso en El Cairo. Otras provincias, más alejadas, parecen ofrecer un eco menos entusiasta a este acontecimiento, inclusive en el seno de las elites letradas: es el caso sobre todo de Saná en Yemen [Honvault, 2012], y en cierta medida en Bagdad [Metenier, 2012].

La esfera privilegiada de intervención de estos hombres en la escena pública es cultural; pasa por la lengua y su renovación, expresa un arabismo que se piensa y se constituye en el seno del Imperio. Se trata aquí de la posición de una elite que se considera como guía de la revolución a través de una misión pedagógica. Así, la revolución de 1908 hace entrar la cuestión de la lengua en la política. Los intelectuales se involucran en esta misión: se perciben como los traductores del pueblo en dirección al poder, los vectores de sus aspiraciones. Precisamente de ese papel se hacen cargo durante la revolución: las palabras son primero pronunciadas en turco otomano, luego puestas al alcance de sus compatriotas al ser traducidas en árabe, hasta en los dialectos locales [Der Matossian, 2014].

En cuanto al lugar escogido para la difusión de esta nueva lengua, los intelectuales lo constituyen en un nuevo universo urbano, lo más cerca posible de una modernidad sacralizada, con el deseo de hacer coexistir en él los eslóganes de 1908: “libertad, igualdad, justicia, fraternidad”. Tanto los mayores como los más jóvenes se aplican a la comprensión del acontecimiento, a la interpretación, a la elaboración de estrategias, en primer lugar haciéndose eco de un espíritu de 1908 (lirismo de los grandes principios, concreción de textos que leyeron en otras partes, espejo de

las grandes revoluciones), pero también de un espíritu concreto para su(s) país(es). Los revolucionarios árabes de 1908 tocan una partitura nacional en el marco, no discutido, del Imperio. La revolución es recibida como el medio para ellos de desempeñar un nuevo papel en su seno [Dakhli, 2009a].

Reformas

En realidad, a pesar del uso del término *Inqilab** (derrocamiento) para designar a los acontecimientos de 1908, la palabra clave del período es la de reforma, restauración de los *Tanzimat* (reformas administrativas) y sobre todo de su vertiente constitucional –es decir, transformación real del Imperio autoritario en un Imperio constitucional–, pero también *islah**, reforma profunda de la religión y de la sociedad. Este proyecto es en particular sostenido por los reformadores musulmanes, cuyas ideas se desarrollan desde hace cerca de un siglo en el momento de la proclamación del 24 de julio. Los discípulos y compañeros de ruta de Muhammad Abduh, Jamal al-Din al-Afghani y Rashid Rida quieren pensar otra relación con la religión, a la vez a escala de los individuos y a la del Imperio, en la cual el sultán es asimismo califa y por lo tanto amo de la ortodoxia sunita. Como fue subrayado, entre otros, por Michelle Campos [2011], la revolución de 1908 es una revolución religiosa, no sólo porque desarrolla una nueva religión cívica y una sacralización de la libertad como valor supremo, sino también porque atañe directamente a la religión como lugar de enunciación de esta libertad. Así, los reformadores que critican el islam oficial del Imperio quieren promover una religión más emancipadora. Abd al-Rahman al-Kawakibi (1849-1902), sabio nacido en Alepo, convoca en su obra a “La madre de las ciudades” (*Um al-Qura*, 1902-1903), aparecida en forma de folletín en la revista reformadora de El Cairo *al-Manar*, una conferencia imaginaria de representantes musulmanes encargados